

EL BLOQUEO Y LA LIBERACIÓN DE PAMPLONA EN 1813

Juan José Martinena

El 21 de junio de 1813 —no hace mucho se conmemoró el bicentenario en la capital alavesa— tuvo lugar la célebre batalla de Vitoria, que resultó decisiva para el resultado final de la Guerra de la Independencia. Tras la desastrosa derrota sufrida en aquella importante acción militar, las fuerzas napoleónicas emprendieron la retirada, en el más completo desorden, perseguidas por las tropas españolas, con el único objetivo de llegar cuanto antes a la frontera de Francia. Al frente de aquel ejército deshecho venía el monarca intruso José Bonaparte —José Napoleón en los documentos de la época— quien a raíz de aquel episodio bélico vivió en nuestra ciudad, en el palacio de los virreyes, sus últimas horas como rey de España.

COMIENZO DEL BLOQUEO

Inmediatamente después de que el hermano de Napoleón abandonara Pamplona con las primeras luces del alba, el 25 de junio dio comienzo el bloqueo militar de la plaza por las tropas aliadas angloespañolas. Un acta del ayuntamiento daba cuenta del hecho: «En la mañana de hoy 25, muy de madrugada, se han presentado delante de esta plaza las avanzadas del ejército anglo-hispano y se ha establecido su campamento en Berriozar, y continúan llegando tropas inglesas y españolas y ocupando los puntos alrededor de la ciudad. De modo que según las apariencias, en breves días se declarará el estado de sitio». En realidad, el bloqueo dio comienzo esa misma jornada y había de durar 128 días, hasta el 31 de octubre de aquel año 1813. Dentro de las murallas y de la vieja pero fuerte



ciudadela, permanecía el general de brigada barón de Cassán, al mando de unos 4.000 soldados franceses, con sus jefes y oficiales. Fuera, a un tiro de cañón de la ciudad cercada, distribuidos en distintas posiciones a lo largo del perímetro de la cuenca, unos 10.000 hombres al mando del conde de la Bisbal, quien poco después sería relevado por el general Carlos de España. Se emplazaron baterías en Mendillorri, Mutilva, Cordovilla, Barañain y los altos de Santa Lucía. La presencia de efectivos navarros, casi testimonial, se reducía prácticamente al 2º batallón de la división de Espoz y Mina, acantonado en el sector próximo a la villa de Huarte.

SIN EPISODIOS MILITARES DESTACABLES

Como anotó Vicente Galbete, entonces archivero municipal, en un interesante artículo publicado en la revista PREGÓN en 1955, no hay noticia de que se hubieran producido a lo largo del bloqueo acciones de guerra dignas de mención. Hubo, eso sí, algunos encuentros y escaramuzas en las salidas que tenían que hacer los franceses a forrajear, que al menos en tres ocasiones les causaron bajas, en total 6 muertos y cerca de 100 heridos. Por cierto, que tanto para los fallecidos de las fuerzas de ocupación como para los propios pamploneses, dado el riesgo que suponía llegar al cementerio de Berichitos, hubo que habilitar uno provisional en el llamado Camino de los Pinos, cerca de donde hasta el pasado año estuvo la antigua cárcel provincial. Hace unos meses la prensa daba cuenta de la aparición en aquella zona de decenas de enterramientos, que sin duda corresponderían a aquella improvisada y efímera necrópolis.

El 9 de septiembre fuerzas de caballería de la guarnición francesa sitiada se aventuraron a llegar hasta Villava. En aquella acción, la única notable de que hay constancia, resultó herido de cierta gravedad el general Carlos de España. Con tal motivo, uno de los oficiales franceses, que al parecer tenía vocación literaria, escribió que para narrar aquella increíble proeza del valor galo, haría falta la pluma de Homero —que no creo que la hubiera usado nunca— o el pincel de Rafael.

El general Cassán, previsor y temeroso de que, de prolongarse el asedio, como así ocurrió, faltasen las subsistencias, ordenó desde el primer momento la salida de la ciudad de quienes no contaran con víveres para tres meses. Calculaba que en ese tiempo el ejército del mariscal Soutl levantaría el bloqueo, pero se equivocó en sus previsiones. La ofensiva de Clausel y el conde de Reille, que uno por Ibañeta y el valle de Esteribar, y el otro por Belate y la Ulzama, debían llegar a socorrer la plaza, fracasaron. A finales de julio sufrieron la derrota de Sorauren, asegurada y completada en las batallas de



Arriba: El molino de Caparroso, en la actualidad

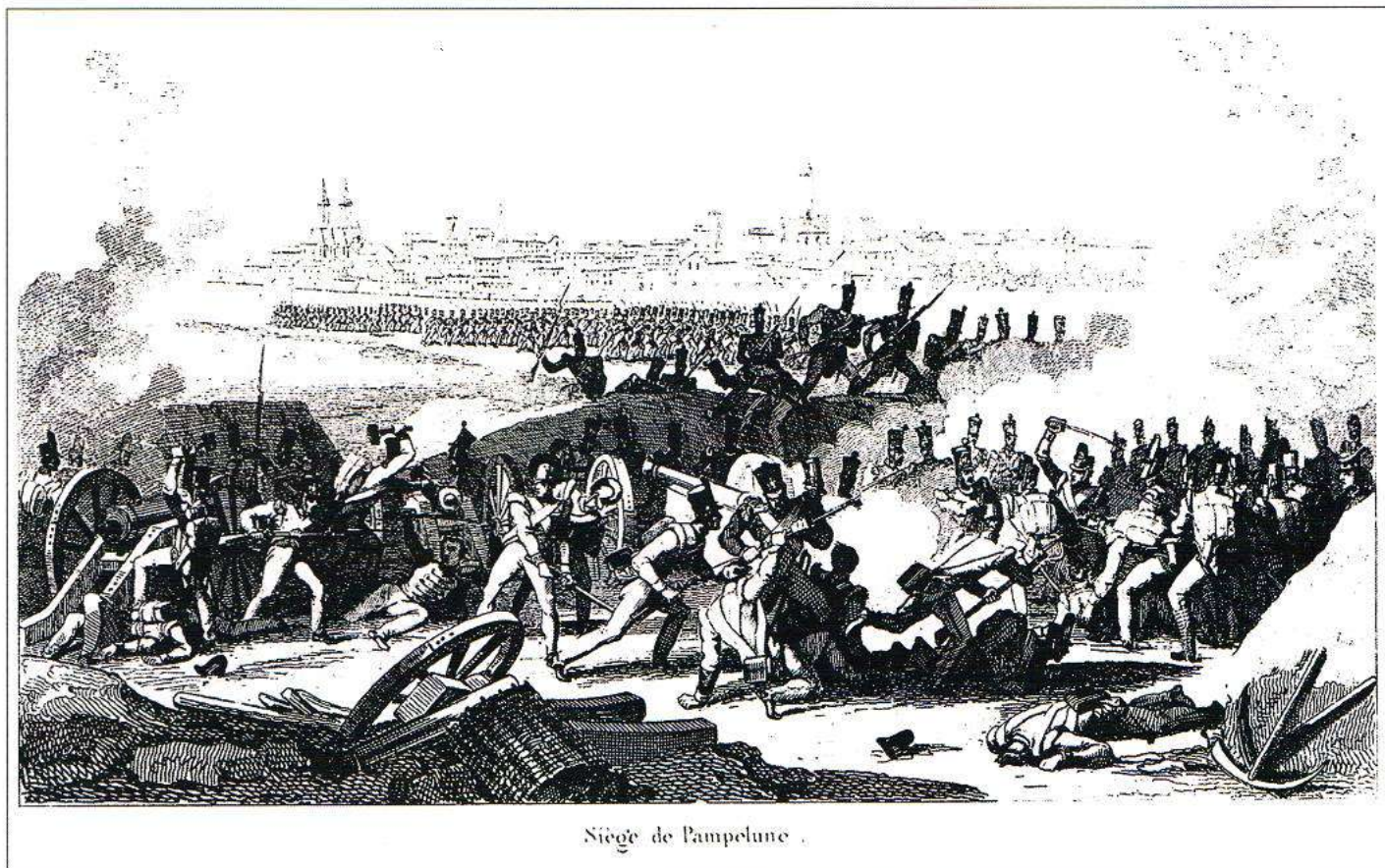
Abajo: El general Reille

Bera y San Marcial. El final de la guerra se iba vislumbrando, cada vez con mayor claridad, con la previsible victoria española y la consiguiente derrota francesa.

HAMBRE Y PENALIDADES

Como iban pasando los meses sin que llegase el socorro que Cassán esperaba, el hambre se comenzó a dejar sentir en la ciudad sitiada, y como volvería a ocurrir en 1872, se empezó por comer caballo, carne entonces muy poco habitual, se siguió por comer perro y gato, y al final se acabó comiendo rata. Para colmo, se registraron algunos casos de escorbuto. El panorama era tan oscuro que 130 soldados de la guarnición desertaron.

En esas condiciones, los sitiados empezaron a pensar en tratar de una capitulación. Pretendían imponer algunas condiciones, pero Carlos de España no transigió de ninguna manera. A finales de octubre se reanudaron las negociaciones, pero el general comandante del bloqueo tenía muy claro que las condiciones debían ser las del vencedor. Y las que él imponían se reducían esencialmente a que las tropas se rindieran, quedando en calidad de



Siegè de Pampelune .

Sitio de Pamplona. Grabado de la obra France Militaire de hacia 1840

prisioneras, y entregasen las armas, para ser conducidas al puerto de Pasajes y allí embarcadas rumbo a Inglaterra.

La plaza disparó a lo largo del bloqueo 8.170 cañonazos y las bajas de los sitiados fueron 10 oficiales y 370 soldados.

EL MOLINO DE CAPARROSO, CENTRO DE ESPIONAJE

Cuenta el Dr. Arazuri, en su libro *Pamplona antaño*, que el molino de Caparroso, situado a orillas del Arga en el barrio de la Magdalena, se convirtió durante el bloqueo en punto de encuentro de los numerosos espías y confidentes que servían de enlace con las tropas angloespañolas que tenían cercada la plaza. Ya antes del inicio del bloqueo, de este mismo punto salían los partes que, no sin riesgo para los portadores, se hacían llegar a las partidas de guerrilleros y luego a los voluntarios de Espoz y Mina. En ello intervenían activamente los operarios del molino, que tenían permiso para entrar y salir de la ciudad a por trigo para elaborar el pan que se vendía en ella. Por eso, cuando alguien propuso incendiarlo y dejar así la plaza desabastecida, el general español conde de la Bisbal se negó, «pues por el expresado molino se sabía todo». En estos negocios anduvo metido el regidor

Pedro Miguel Alcatereña de Garayoa, que al acabar la guerra fue acusado de traición, pero salió absuelto del proceso que se le formó en 1816.

LIBERACIÓN DE LA PLAZA

Finalmente a los sitiados no les quedó otra salida que rendirse. El 31 octubre tuvo lugar la firma de la capitulación en el monasterio de las agustinas de San Pedro de Ribas, hoy parroquia de la Virgen del Río. Por parte del ejército español la suscribió el brigadier don Dionisio Vives; por los aliados ingleses lo hizo el coronel Goldfinch y en nombre de la guarnición que capitulaba, el coronel Mocom, jefe de estado mayor del ejército imperial. Por orden expresa del general España, estuvo presente en el acto el marqués de Fontellas, en representación del ayuntamiento, a través del cual quiso saber el citado general la conducta que habían observado los franceses con los habitantes de la población durante el prolongado bloqueo. Ese mismo día, a las cuatro y media de la tarde, las primeras unidades de las tropas españolas entraron victoriosas en la ciudad liberada por dos lugares distintos: unas lo hicieron por la Puerta del Socorro de la ciudadela, la que mira a la Vuelta del Castillo, y otras por el portal de Francia, llamado antiguamente del Abrevador.



Recreación de la salida de Pamplona de las tropas francesas el 1 de noviembre de 1813. Dibujo de Vela



Arriba: El portal Nuevo a principios del siglo xx.



Abajo: El portal de Francia

Al día siguiente, 1 noviembre, festividad de Todos los Santos, a partir de las dos de la tarde, se llevó a cabo la salida de las tropas francesas por el Portal Nuevo. Una vez finalizada la operación, hizo su entrada triunfal en la ciudad, entre las aclamaciones de los pamploneses, el general don Carlos de España al frente de su estado mayor. Por expreso deseo suyo y «para rendir al Todopoderoso las debidas gracias por un beneficio tan grande y tan singular», se cantó un solemne Tedeum en la Catedral, al que asistió, junto con el ayuntamiento, el liberador al mando de sus tropas. Inmediatamente después, hubo repique general de campanas en todas las iglesias y conventos.

GRATITUD DEL AYUNTAMIENTO

Ese mismo día celebró el ayuntamiento sesión extraordinaria con motivo de la liberación de la plaza. Eran regidores los señores Marqués de Fontellas, don Vicente Barbería, don Manuel Subiza y Armendáriz, don Juan Pío Jaén, don Pedro Antonio Aranegui, don José Antonio de Iñarra, don Juan Ángel de Echarri, don Pedro Miguel Alcaterna de Garayoa y don Manuel Antonio Balmaseda. El acta, pese a su prosa burocrática, viene a contar en resumen el drama que supuso el bloqueo, cómo se produjo la liberación y de qué manera se celebró por la

ciudad, en medio del júbilo de los pamploneses que despertaban así de la pesadilla que habían vivido desde el inicio de la ocupación militar francesa en la primavera de 1808. Los munícipes se congratulaban de que —al contrario de lo que ocurrió en San Sebastián— la ciudad no había tenido que sufrir «en los rigores que de ordinario acompañan a un bloqueo tan riguroso, ninguno de los estragos que ocasiona la fuerza de las máquinas bélicas, porque parece haberse tenido a raya durante todo el bloqueo hasta el activo impulso de la pólvora, y que solo se ha dirigido el acertado tiro de la artillería a dañar a las tropas sitiadas, sin causar el menor desplome en los edificios ni el menor mal a los habitantes. Tanto ha sido el cuidado que el digno Jefe que comandaba ponía en no destruir esta Plaza, antemural de la Nación, y en evitar a los vecinos que habían quedado en ella y que sufrían mucho el terrible azote del hambre, el horror de ver desplomados sus bellos edificios».

En aquella sesión, los regidores acordaron distintas formas de mostrar el agradecimiento de Pamplona a los autores de su liberación: en primer lugar, dar las gracias en nombre de todo el vecindario al general Carlos de España. «Como en todas estas ocasiones —dice el acta— se ha acreditado el valor, la prudencia, generosidad y piedad del Sr. General Don Carlos de España y de todos los demás Srs.

Jefes, oficialidad y soldados, que con tanta bizarría han cooperado a la rendición de esta Plaza, acuerda y determina unánimemente el Ayuntamiento se den a Su Señoría las más rendidas gracias por una conducta que le ha granjeado el más singular aprecio de todo este vecindario». Este acuerdo, que era de estricta justicia, al no suponer otro coste que el del papel y la tinta, tuvo efecto en la misma sesión, al quedar recogido en el acta, y no cabe duda de que se le habría comunicado al interesado en la debida forma.

UNA ESTATUA ECUESTRE Y LAS LLAVES DE LA CIUDAD

En segundo lugar, se acordó erigir una estatua ecuestre en honor de sir Arthur Wellesley, duque de Wellington y de Ciudad Rodrigo, general en jefe del ejército aliado anglo-español y máximo responsable de las operaciones del bloqueo. *«También acuerda y determina que para que un acontecimiento tan grande, tan interesante a este público y que debe transmitirse a la más remota posteridad, se inmortalice, se erija en la plaza llamada de la Fruta, en honor del Sr. General en jefe de los Ejércitos de la Nación, Duque de Ciudad Rodrigo, que de victoria en victoria ha conducido los ejércitos hasta pisar la Francia, y a cuya pericia y demás brillantes prendas militares que le adornan se debe el acertado manejo y la posesión de esta plaza, y en las cuales confía toda la nación verse libre de la opresión que ha padecido, una estatua ecuestre de bronce, en cuya base deberá grabarse el motivo de su construcción, debiéndose verificar este justo y debido obsequio a S. E. luego que los fondos de la Ciudad lo permitan».* Esto de erigir delante de la Casa Consistorial una estatua ecuestre en honor de Wellington, dado que suponía ya un desembolso de dinero, se dejó para mejor ocasión. Una vez que cesaron los fastos de la liberación, y habida cuenta de que el agradecimiento no siempre es un sentimiento duradero, aquella idea fruto del entusiasmo de un día, cayó para siempre en el olvido.

Eso sí, aunque el acta no lo recoge, se acordó hacerle entrega, por medio del brigadier Parker Carrol, de las llaves de las seis puertas de la ciudad, un valioso presente cargado de simbolismo. La verdad es —todo hay que decirlo— que se habían encargado para obsequiar a Fernando VII, creyendo que al regreso de su más que llevadero cautiverio en Francia visitaría Pamplona. Y como al final esa visita no se produjo, fue una manera de darle una salida digna al frustrado regalo real y amortizar así el gasto realizado. Y parece como si el astuto inglés hubiera estado al

tanto del secreto, ya que tan pronto como recibió las llaves, tuvo el detalle de dárselas a su vez al general España, atribuyéndole con tan generoso gesto el mérito de la rendición de la plaza. Por cierto, que hacia 1960 esas llaves las conservaban todavía los descendientes del general, con singular aprecio, en su casa de Mallorca.

La Gaceta de Madrid, en su edición extraordinaria del 4 de noviembre de 1813, publicaba el parte oficial de la liberación de la plaza y la rendición incondicional de la guarnición francesa, fechado el mismo día 1. Dicho parte, con la parquedad que caracteriza esa clase de documentos, decía textualmente: *«Ayer a las tres de la tarde capituló Pamplona. Hoy han entrado en la plaza nuestras tropas. Se han hecho 4.198 prisioneros franceses, que se embarcarán en Pasajes para ser conducidos a Inglaterra».*

RECUPERACIÓN DE LOS GIGANTES

Las conmemoraciones de la liberación de la ciudad dieron lugar a un hecho que, aunque no de gran trascendencia, pasó también a los anales de la ciudad. Y fue que un carpintero de los que andaban engalanando la catedral para la celebración del solemne Tedeum de acción de gracias, encontró en un cuarto los gigantes propiedad del cabildo. Las figuras estaban allí arrinconadas desde 1780, año en el que el rey Carlos III prohibió que se sacaran en las procesiones. Lo cuenta el entonces secretario del ayuntamiento don Luis Serafín López y Pérez de Urrelo en el llamado Libro de Oro de la ciudad. Dice que al anochecer de aquel día se acercó hasta la catedral a contemplar la iluminación que se había puesto, y estando en ello *«vio que dentro del atrio se paseaba con mesurado paso un gigante».* Allí coincidió con el auditor de Guerra don Manuel Subiza *«y ambos, como dos niños, estuvimos entretenidos largo rato, con otras gentes que llegaron, porque el maestro carpintero que lo llevaba le dio varias vueltas y nos hizo recordar lo que habíamos oído a nuestros padres de los gigantes».* A partir de este hallazgo casual, el ayuntamiento inició la costumbre de pedírselos al cabildo cada año unos días antes del inicio de las fiestas de San Fermín. Y así lo siguió haciendo hasta 1860, cuando en vista de su vejez y deterioro, acordó encargar la actual comparsa al pintor Tadeo Amorena, cuyas majestuosas figuras han llenado de ilusión a tantas y tantas generaciones de mocetes pamploneses a lo largo de más de siglo y medio. 